



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II 28 de abril de 1888 Núm. 26



LAS ARAÑAS

AMPARO

I

Un humilde rincón, unas empolvadas paredes, constituyen muchas veces la morada de la felicidad; pues, como espiritual que es, no son atractivo para ella los halagos materiales, hijos de la vanidad y poderoso incentivo del vicio, de la molicie, de la ociosidad. Así como bajo un traje de finísimos brocados se oculta á veces un organismo enfermizo y enclenque, y en otro basto y burdo suele también encontrarse un cuerpo sano, vigoroso y sufrido; la dicha se encierra también con frecuencia en edificios de ignorados, é impera la desgracia en arrogantes palacios.

La sencilla casa en que habitaba un matrimonio pobre, pero honrado, con



Los gorrones

una hija, fruto de su acendrado amor, era una prueba de ello. Ningún contratiempo producido por la discordia de los esposos turbaba la dulce y embriagadora calma con que se sucedían los días para aquella familia. El marido, trabajador, celoso de sus deberes paternos, no conocía más ocupaciones que las que le proporcionaban el sustento, y las encaminadas á hacer comprender y practicar á su hijita los deberes filiales, sin escatimar medio alguno que á su alcance estuviese para

conseguirlo: la esposa, verdadera mujer de casa, madre bondadosa y severa al mismo tiempo, no conocía más que tres seres á quienes dedicar todos sus sacrificios: Dios, su esposo y Amparo, su hija, espejo donde clarísimamente se reflejaba su gozo, su dicha, su porvenir... todas las ilusiones maternas. ¡Qué cuadro más encantador, qué poema de ternura formaban las tres personas al amor del hogar, leyendo el padre una obra, siempre moral, recreativa ó instructiva, y escuchando con reconcentrada atención, la madre y la hija, las útiles enseñanzas que con tierna entonación pronunciaba el padre, y que iban á herir el corazón de Amparo, que permanecía seria y reflexiva, afianzando cada vez más sus inocentes costumbres!

Amparo tenía á la sazón trece años, y era bella, con esa belleza infantil que sólo habla al alma, que cautiva, seduce, encanta y transporta. Sus ojos, azules como las esperanzas que tenían en ella cifradas sus padres, estaban resguardados por unas arqueadas cejas que limitaban una frente tersa, despejada, majestuosa, aprisionada en un rubio marco formado por unos rizosos cabellos, limpios como su alma, y que caían en ondulantes bucles sobre sus moldeados hombros. Su mirada era altiva, pero con esa altivez en la que se descubre un fondo de dignidad penetrante, curiosa, investigadora, porque su deseo de saber era grande y en todo hallaba atractivos para su alma inmaculada. Locos estaban sus padres al ver la actitud siempre grave y formal de la

niña, cuyo afán era practicar en toda su pureza las máximas que al calor de las astillas escuchaba de labios de su padre. Aquella casa era, pues, un verdadero edén en el que la astuta serpiente había perdido toda esperanza de penetrar. Nunca les faltaba lo necesario, porque Martín era un laborioso artesano para quien el trabajo era la mejor ofrenda que puede elevarse á Dios. Apartados del mundanal torbellino que todo lo trasforma, su habitación era un purísimo santuario lleno de inefable poesía.

Rodeada de estas circunstancias, no era extraño que Amparo fuese un dechado de virtudes filiales, un ángel de la tierra. En la escuela brillaba por su aplicación y docilidad, y ayudaba á su madre en los quehaceres domésticos: generosa con el pobre, compasiva para los desgraciados, obediente, sufrida... una hija modelo.

Sus padres eran, pues, completamente felices: nada deseaban si no era que Amparo prosiguiese la senda comenzada, para que, llegado el momento que ellos faltasen, supiese blandir valientemente las armas con que se ahuyentan los livianos placeres que con tanta maestría representan su maléfico papel. ¡Familia irreprochable, pobre en riquezas, pero grande en espíritu, de la que tendrían mucho que envidiar tantos como se revolcan en ese *dorado cieno* que se llama *dinero*!

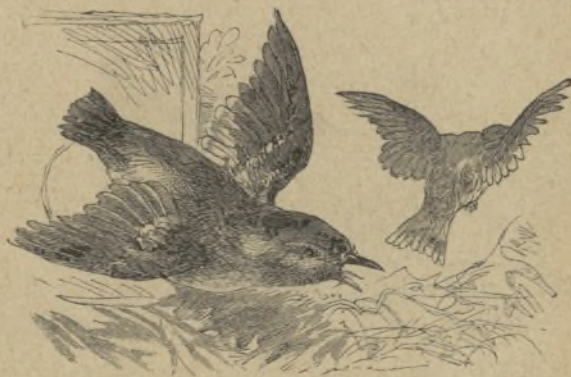
II

La estrella de la felicidad llega pocas veces á lucir en su apogeo; pero cuando llega comienza inmediatamente su brillo á debilitarse, hasta quedar á veces sumida en las negras tinieblas de la desgracia.

Un día la madre de Amparo encaminóse al taller donde prestaba Martín sus servicios, suplicando al dueño le dispensase su falta aquel día á su habitual tarea. Efectivamente, el día anterior había Martín salido á la calle poco abrigado, imprudentemente, fiado en su vigor vital; cuya consecuencia fué el quedarse al día siguiente en la cama molestado por un fuerte dolor de cabeza.

Agravóse la enfermedad, la ciencia fué impotente, y el intachable padre, como si su sagrada misión estuviese ya terminada, pagó tempranamente el tributo á la muerte, á pesar de la solícita asistencia de Rosa, su esposa, ayudada fervorosamente de Amparo. Su muerte fué tranquila, en medio del amargo llanto que los dos inconsolables seres vertían copiosamente sobre el fúnebre lecho.

Desde entonces Amparo cesó de acudir á la escuela para ganar en un taller de costura lo necesario para el sustento; es decir, sustituyó á su padre, aunque su trabajo no estaba tan retribuido. No consentía que su madre, su afligida madre, echase mano á ninguna labor de la casa, agotando todos los humanos recursos para atenuar su acerba pena, sin pensar que ella los necesitaba tanto como su madre. Las lecturas antes á cargo de Martín, eran escu-



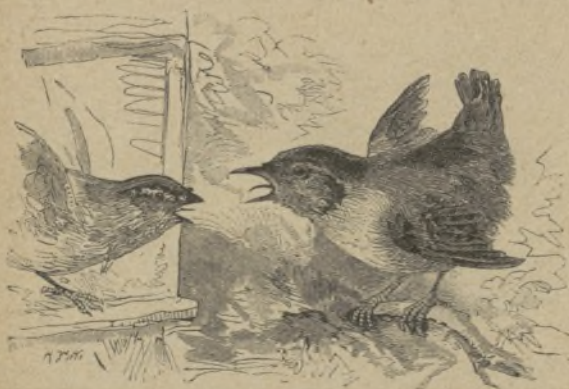
Los gorriones

chadas ahora por Rosa de los frescos labios de Amparo, é iban mezcladas con ardientes oraciones que Martín recibía en el cielo. ¡Amparo era el ángel de consuelo que Dios había enviado á la tierra, cuando Martín entró en el cielo, para hacer más llevadera la existencia de Rosa!

III

Un año después de los sucesos apuntados, acercóse á la puerta en que poco antes había llamado el descarnado espectro de la muerte, en demanda de limosna, un niño de casi la misma edad que Amparo, cuya sola presencia interesaba vivamente, y que dijo hallarse solo en el mundo á consecuencia de haber fallecido el día anterior su madre, que era viuda y una de las que asistían al taller donde Amparo trabajaba. El niño, confuso, acobardado, casi temblando, balbuceó las siguientes palabras:

—Yo sé por mi inolvidable madre que V.,—dirigiéndose á Amparo,—es en este mundo un ídolo de los pobres, pues son muchos á los que he oído ponderar su generoso desprendimiento. ¿Seré yo digno de recibir de su prodigioso corazón una prueba de su bondad para con este pobre huérfano que, cual invisible átomo, ha quedado á merced de devastador huracán como es el mundo? Mi madre moribunda me dijo: «Confía en Dios, y sufre mucho con paciencia: yo no te olvidaré desde el cielo; pero antes de empezar tu odisea mendicante, ve donde mi compañera



Los gorriones

Amparo, que el corazón me dice que no te ha de negar su protección.»
—¡Oh, Dios!—exclamó Amparo.—¡Bendito seas, que me proporcionas ocasión de hacer á tus ojos una obra santa, magnífica, sublime! ¡Y tú, padre adorado, acepta esta sagrada ofrenda que al cielo elevo para que veas cuán fecunda ha sido la semilla que en este corazón sembraste!

Rosa regocijóse sobremanera; y, accediendo á las súplicas de su hija, pues no sabía negarle nada, Andrés, que así se llamaba el niño, encontró en Rosa una segunda madre y en Amparo una hermana.

En adelante la tristeza de Rosa fuese debilitando, y su gozo crecía en razón directa del cariño que los dos niños se profesaban. Andrés era digno compañero de Amparo: á ninguno podía preferirse en belleza física y moral.

Los dos niños tenían idénticas aspiraciones: parecía que habían nacido el uno para el otro. Amábanse con ese amor puro, candoroso, encantador, en el que la flecha de Cupido no hace blanco, porque el corazón á los quince años es aun duro para esta clase de sentimientos.

IV

Siete años después, Andrés y Amparo se unían en indisoluble lazo para que sus hijos fuese dignos continuadores de sus excelsas virtudes. ¡Quién ha-

bía de decir á Andrés, al desamparado Andrés, que al llamar á la puerta de Amparo iba á abrirse, al mismo tiempo que la del socorro, la del himeneo!

Los amores de nuestros jóvenes fueron desarrollándose dentro de la misma confianza que entre ellos reinaba; y cuando sus corazones se atrevieron á declararse sus cuitas, casi sin rubor ni recelo, puesto que los dos se adivinaban ya, fundiéronse en un solo, ceñidos con el eterno lazo del matrimonio, para permanecer por siempre unidos ante el mundo, ya que ante Dios lo habían estado desde que Andrés, medroso y suplicante, apareció en los umbrales de la puerta de Amparo. El ruego de una moribunda se había cumplido: Andrés era ya un hombre, pero un hombre ejemplar, más digno de admiración cuanto que, al morir su madre, había quedado al borde del abismo del crimen ó de la desesperación, y, merced á su fuerza de voluntad, pudo sustraerse á la influencia que el poderoso vértigo ejerce desde el negro fondo de la perdición. Y ¿quién fué el estímulo que animó á Andrés á no volver jamás la cara hacia el horroroso horizonte del vicio? ¿Quién fué el ángel bajo cuya acertada dirección siguió Andrés, sin dar un tropiezo, la senda emprendida? Amparo, la sublime Amparo, que, no contenta con educar su alma para presentarse inmaculada ante el Criador, había arrancado de las arqueadas garras del demonio otra alma virgen, otra alma como la suya, pero que había quedado fluctuando en el revuelto mar de las pasiones, sostenida por el débil eskuife de una flexible voluntad.

A. PRESA IBÁÑEZ





AUREOLAS

PAGANINI

FUÉ hijo, el gran violinista, de un curtidor de tan mala suerte en todos sus negocios y empresas que, al verse arruinado y casi en la indigencia, resolvió asirse de la más débil tabla que para su salvación le quedaba. Apreciando en lo que valían las grandes facultades que para el estudio de la música había demostrado siempre su hijo Nicolás, encomendó su instrucción á renombrado maestro que con sus acertados estudios supo cultivarlas maravillosamente.

El padre, hombre egoísta y avaricioso hasta la crueldad, echó desde luego grandes cálculos sobre la manera de explotar los talentos de su hijo; y para que sus proyectos no se malograsen obligaba á Nicolás á un estudio continuado, impropio y muy superior á su corta edad. La más leve distracción, la más insignificante negligencia ó descuido, eran severamente castigados, hasta el extremo de alterarse gravemente la salud del pobre niño.

Contrastaba opuestamente con el rigor empleado por el padre, la ternura y extrema bondad con que lo atendía su madre; y Nicolás, naturalmente, miraba á su padre como un tirano querido, amaba á su madre con indecible adoración. Sin sus consuelos, sin la dulce confortación que ella le prestaba, ¿hubiera el niño llegado á hombre? Indudablemente que no. En vano la buena mujer hacía observar á su marido el delicado estado de su hijo, su precaria salud y el excesivo rigor con que se le trataba. Todo era inútil: el hombre se mostraba más inexorable cuando más cercano veía el día de poder satisfacer su ambición.

Desconfiando la madre del resultado de nuevas gestiones, decidió estimular la afición de su hijo para evitarle de esta suerte los repetidos castigos á que su padre le sujetaba.

Una mañana, según costumbre, entró Nicolás á dar los buenos días á su madre. Su madre le besó amorosamente, diciéndole:

—¿Sabes lo que he soñado hoy, hijo mío? Anoche me acosté triste, te vi lloroso, y yo me dormí llorando. Apenas hube conciliado el sueño, los vapores de lágrimas se han convertido en rayos esplendorosos: eran nimbos de luz que rodeaban á un hermoso ángel que ha descendido hasta mí. «Mujer,—me ha dicho:—¿qué quieres? Pide cuanto desees, que yo te lo otorgaré.» Y yo, ¿qué le había de pedir? Que seas tú el primer violinista del mundo. El ángel me lo ha prometido; y ahí tienes: me acosté llorando y he despertado feliz.

Que la madre hubiese tenido el sueño, es difícil de probar; pero que fué una excelente estrategia para animar al niño, no cabe la menor duda, pues que desde aquel día sus progresos fueron la admiración, no sólo de su maestro, si que también de su cruel padre.

A los ocho años compuso su primer sonata; obra de tan difícil ejecución que, exceptuando él mismo, á nadie le fué posible interpretarla. Desde esa temprana edad empezó á dar conciertos en público, á tocar en las iglesias y teatros y en cuantos círculos era solicitado, produciendo todas sus audiciones verdadero fanatismo.

El padre no creía, sin embargo, completa la educación de su hijo; y para perfeccionarla se trasladó con él á Parma, donde á la sazón residía Rolla, el más famoso violinista de aquel tiempo. Cuando Nicolás y su padre llegaron

á casa del artista, éste se hallaba en cama retenido por una fuerte calentura. Un criado les hizo pasar á la habitación contigua al dormitorio. Encima de una mesa había un violín, y, manuscrito, el último concierto compuesto por Rolla.

Nicolás tomó el instrumento, y á primera vista ejecutó el difícil concierto. El enfermo preguntó entonces quién había en su casa; quién tocaba tan maravillosamente su última producción. Al decirle que era un niño, Rolla abandonó precipitadamente la cama y entró en la sala inmediata.

—¿Qué vienes á hacer aquí?—preguntó, lleno de admiración, á Nicolás.



El canto de los niños durante la recolección

—A rogaros, maestro, que os dignéis admitirme como á discípulo.

—¡Por discípulo!—repitió Rolla.—Entonces ¿quién me enseñaría á mí?

Tal fué la recepción de Rolla á Paganini, el cual desde aquel día fué considerado como el primer violinista de su época.

A los catorce años había dado numerosos conciertos en Italia. Luego visitó Alemania, Inglaterra y Francia, recibiendo por todas partes frenéticas ovaciones. Fué, no solamente uno de los más hábiles profesores, si que también el más inspirado compositor. De ahí que el más honroso y envidiable elogio que puede tributarse á un violinista sea el de compararle á Paganini.

El sueño de su amante madre se realizó, ya que siempre ha sido juzgado su Nicolás como el primer violinista del mundo.

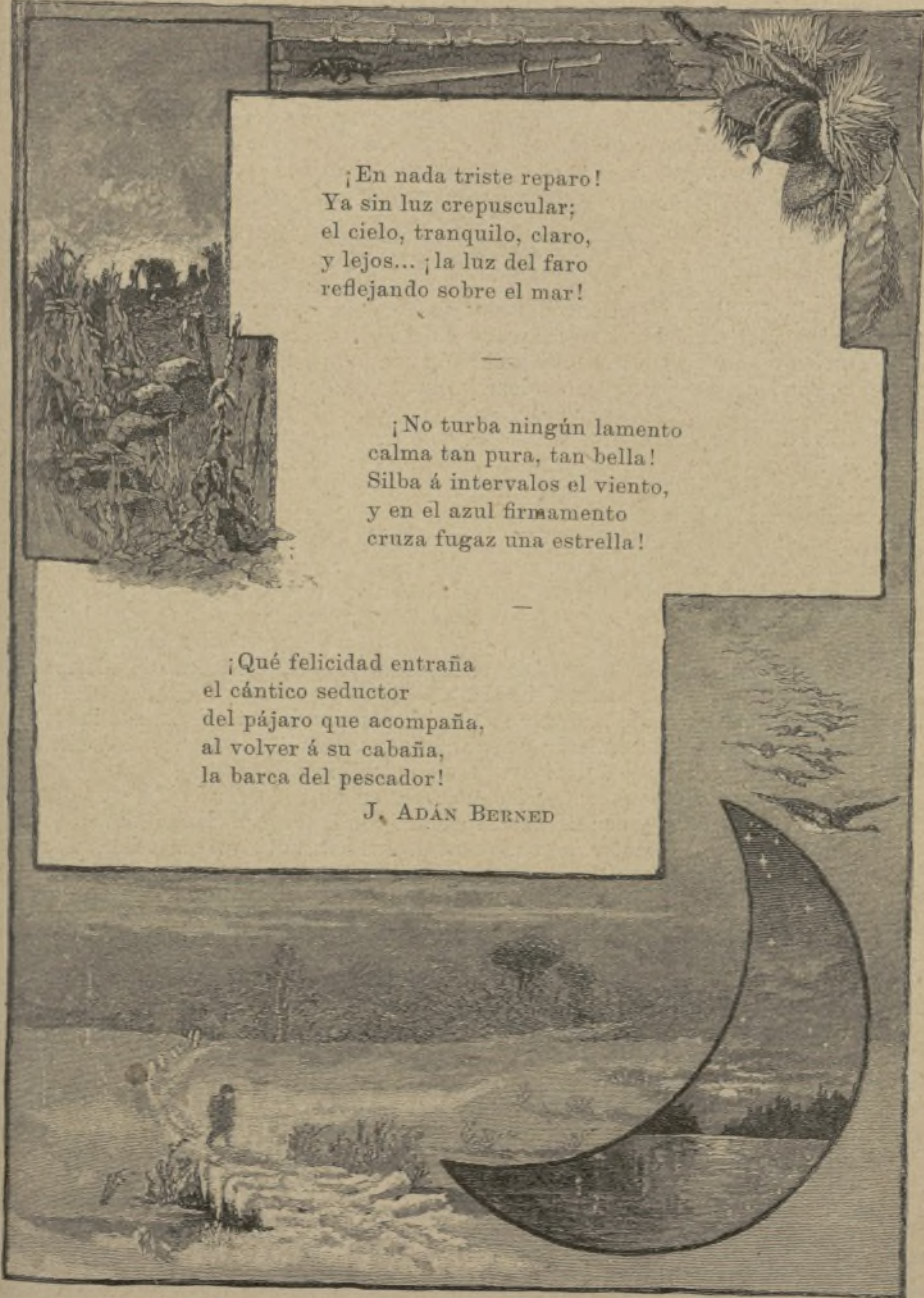
TRINIDAD DE LA ROSA

HORAS DE CALMA



¡Noche pura, encantadora,
cual las anhela mi alma!
¡El sol la mar ya no dora,
y la brisa halagadora
mueve las olas en calma!

Por la linfa clara y pura
del mar, que el cielo retrata,
la luna desde la altura
manda su luz, que figura,
sobre el mar, ondas de plata.



¡En nada triste reparo!
Ya sin luz crepuscular;
el cielo, tranquilo, claro,
y lejos... ¡la luz del faro
reflejando sobre el mar!

¡No turba ningún lamento
calma tan pura, tan bella!
Silba á intervalos el viento,
y en el azul firmamento
cruza fugaz una estrella!

¡Qué felicidad entraña
el cántico seductor
del pájaro que acompaña,
al volver á su cabaña,
la barca del pescador!

J. ADÁN BERNED

—*— NUESTROS GRABADOS —*—

LAS ARAÑAS

Cierto día algunas arañas, juzgando que sus largas patas eran muy propias para bailar, quisieron lucir su destreza entre otros animales, y comenzaron á danzar. Un grillo, que las observaba desde la entrada de su agujero, soltó la carcajada al contemplar á los ridículos insectos; mientras que un buho, saliendo de su escondite, hizo coro con el grillo, burlándose á ambos de las pretenciosas arañas.

—Vamos,—dijo el segundo,—dejad la danza para otros que lo entiendan mejor, y retiraos á tejer vuestras telas, con lo cual ganaréis más que haciendo reír á todos los que os miren.

LOS GORRIONES

Nuestro hijo Guillermo construyó, con cajas de cigarros, dos casetas que podían servir de nidos, y las sujetó con clavos en las paredes del balcón.

Dos gorriones se posesionaron muy pronto de una para establecer allí su vivienda: llevaron fragmentos de ramaje, restos de lana y plumas, y, después de trabajar algunos días dejaron perfectamente arreglado su nido.

Cierto día Guillermo encontró el balcón lleno de plumas y restos, y á fuerza de informarse y vigilar supo que los gorriones habían sido expulsados por otras aves, que destruyeron completamente su nido, derribando la caseta donde se hallaba.

Dos pavos eran los culpables.

—¿Por qué no se posesionarian de la caja vacía?—preguntábase Guillermo.—Seguramente era tan buena como la otra; y, si han obrado así, seguramente será por mala índole.

Sin embargo, los gorriones volvieron á ocupar su vivienda, á cuya entrada se puso el macho para defender su nido; pero los pavos volvieron otra vez, y durante algunos días hubo una continua lucha. Uno de los pavos, erizando su plumaje y con el pico muy abierto, precipitábase contra el gorrión, le picaba repetidas veces, y á fuerza de aletazos consiguió, al fin, desalojar los habitantes del nido.

Los gorriones parecían, al fin, dudar sobre si les convendría trasladarse á la otra casa, pero la hembra rehusó al fin hacerlo; y seguramente procedió bien, pues ni á ella ni á su macho les convenía vivir junto á unas aves tan pendencieras.

Los pavos llevaron á su vez materiales para formar su nido. Trabajaron afanosamente en la vivienda conquistada, y ocupáronse en cuidar, con la mayor solicitud, de su progenie.

Con frecuencia oíaseles cantar, pero algunas de sus notas debían ser tristes si recordaban lo que habían hecho á los pobres gorriones.

EL CANTO DE LOS NIÑOS DURANTE LA RECOLECCIÓN

Ha llegado el tiempo de recoger los frutos de la tierra, y en campos, prados y bosques resuenan los alegres cánticos de los niños que celebran la estación.

«Sonrosadas manzanas,—dicen,—deliciosas ciruelas: pronto comprenderéis que hemos llegado. Sabrosos melocotones y azucaradas peras: estáis á nuestro alcance, y pronto nos serviréis de agradable alimento.»

Felices son los niños durante la recolección, y con sus juegos y sus cantos animan el bosque y la pradera.

CUENTO SOBRE EL CORAL

Clotilde volvió, un día, del colegio, muy ansiosa de referir á sus padres una maravillosa historia: dijo que algunos insectos que viven debajo del agua se adhieren á las rocas, convirtiéndose á la vez en piedra.

La niña se refería á los curiosos seres que trabajan el coral, y que no son insectos, sino unos animales de aspecto gelatinoso llamados *pólipos*. El magnífico coral es su esqueleto, con sus huesos, pero no obra suya; y aseméjanse tanto á las flores, que durante muchos

años todo el mundo creyó que eran plantas. Algunas veces presentan la forma de estrellas ó bien tienen el aspecto del musgo.

Varias especies crecen en las grutas y bosques marinos, y diríase al verlas que son ramas de arbustos en flor. Su color es sonrosado ó rojizo oscuro; y por todos sus caracteres nada de extraño tiene que los pólipos fuesen considerados como plantas.

LAS TRES NIÑAS

Luisa, Enriqueta y Julia no son felices más que cuando corren y juegan por el campo aspirando la fresca brisa y el perfume de las flores. Aunque son niñas, suelen elegir un



Cuento sobre el coral

juego que es más propio de los muchachos: juegan á los caballitos. Para esto Luisa se pasa por la cintura una cuerda, Julia coge las extremidades, preparándose á dar la señal para que corra; y Enri-

queta hace las veces de conductor. De este modo recorren el campo y la pradera, siempre contentas y felices; y así desarrollan también el vigor que necesitarán más tarde, conservando siempre puras y frescas las rosas de sus mejillas.

UN PERRO VALEROSO

Enrique, Elisa y Miguel vivían con sus padres en una granja en el campo.

No lejos de la casa había prados y praderas, donde la yerba crecía con gran abundancia, y allí iban á jugar los niños durante el verano.

Más allá de los campos extendíanse los bosques, donde también iban á menudo á buscar fresas y nueces.

Siempre acompañaba los niños un fiel servidor, un enorme mastín llamado León, que consideraba como un deber cuidar de sus jóvenes amos, no permitía que ningún otro perro se acercase á ellos, y, si se aproximaba alguna persona á quien no conociese, haciale comprender muy pronto, en su lenguaje perruno, que debía retirarse. Si se cruzaba por delante

alguna culebra, cogíala entre sus dientes y la destrozaba antes de que tuviera tiempo de hacer daño.

Cierto día, cuando los niños pasaban por una pradera, divisaron un becerro que avanzaba, al parecer, furioso hacia ellos. Enrique, Elisa y Miguel apretaron á correr cuanto les fué posible; pero su perseguidor era mucho más ligero, y, antes de llegar al vallado, el animal dió alcance á Elisa. En el mismo instante el mastin cogió de la cola al becerro; y mordiéndole con tanta fuerza que le obligó á revolverse furioso, lo cual dió tiempo á la niña para salvarse; pero el pobre León fué volteado por el becerro, hasta que, habiendo llegado los mozos del establo, obligaron al segundo á emprender la fuga.

Elisa se salvó, como hemos dicho; pero León quedó tan magullado que no pudo andar durante largo tiempo.

Los niños llevaron á su fiel servidor á casa con un carrito, y prodigáronle todas las atenciones posibles, cuidándole con tanto cariño que vivió aún largos años.



Las tres niñas

LA LÁMPARA DE LA NIÑA

Acercábase la noche y la hora de cenar, y la niña Luisa no parecía. Su padre y su hermano la buscaron por todas partes sin poder encontrarla. La mamá creyó oír de pronto ligeros pasos en el piso inferior, y saliendo á la escalera gritó:

—¿Estás ahí, Luisita?

—Sí, mamá.

—Espera: ahora bajará el papá á buscarte.

—¡Oh! No tengo miedo, mamá: he hallado una luz.

—¡Cómo! ¿Has cogido los fósforos? Ya te he dicho que no los tocaras nunca.

—No los he tocado, mamá: he cogido unos gusanos de luz, y los tengo en una botella.

Mamá bajó presurosa, y vió que era cierto lo que la niña le decía: su rubio cabello brillaba como el oro á la luz de la botella.

—Mejor sería que dejaras á esos insectos en libertad,—dijo papá acercándose;—pues ahora nos encenderán una verdadera luz.

—¡Oh! No, papá, que me ha costado mucho trabajo cogerlos.

No se habló más del asunto; pero á la mañana siguiente, cuando Luisita fué á buscar su lámpara, ya no la encontró. La botella estaba en el jardín, junto á un rosal, y los insectos habían desaparecido. Luisa sospechó que aquello era obra de su papá; mas no dijo nada.



Un perro valeroso

LA ABEJA

—¿Por qué vuelas tan precipitada y afanosa, de un lado á otro, en medio de los rayos del sol?—preguntó una niña á una abeja.

—Busco en los prados y jardines, en las plantas y sus flores,—contestó el insecto,—el polen que necesito para fabricar la miel y la cera. Las horas se deslizan rápidas, el verano pasará pronto, y, si no hago mis provisiones antes de que llegue el otoño, todo mi trabajo será inútil. Toma ejemplo de mí, curiosa niña, y apresúrate á cumplir también con tus deberes, sin dejar para mañana lo que puedas hacer hoy.

Así dijo la abeja, y continuó afanosamente su trabajo; mientras que la niña la contemplaba con admiración, proponiéndose seguir su loable ejemplo.





LA FAMILIA HONRADA

(Continuación)

Mason se sintió más cautivado que nunca viéndola tan constante en su gratitud hacia su padre. El mozo tenía un talento muy justo, y sabía que la que se muestra hija reconocida y hermana afectuosa, es siempre una buena esposa.

Y ahora volvamos á Fanny, de la cual no hemos hablado hace ya tiempo.

A su regreso á casa de la Sra. Hungerford, después de la muerte de su hermano, había sido recibida con la mayor bondad por su ama y por todos los niños, que le eran sinceramente adictos, aunque nunca les hubiese consentido hacer nada que fuese contrario á la voluntad de su madre.

La Sra. Hungerford no había olvidado la aventura aquella del tambor, y un día dijo á su hijo:

—Gustavo, tu curiosidad respecto al tambor y el clarinete va á ser satisfecida. Tu primo Felipe debe llegar de aquí á unos días: es muy amigo del coronel de su regimiento, que está de guarnición en Monmouth, y le pedirá que nos envíe aquí á los músicos. Les colocaremos al extremo del jardín, y comerás con tus hermanas en el bosquecillo, en compañía de Fanny, que bien merece en esta ocasión tomar parte en vuestros placeres.

El primo Felipe de quien hablaba la Sra. Hungerford no era otro que el propietario de Frankland, el Sr. Folingsby. Este joven no era solamente un apasionado por los caballos y los carruajes, sino que al par era grande admirador de las mujeres bonitas.

Habíale dado golpe, desde el primer momento de su llegada, la belleza de Fanny: cada día la encontraba más linda que la víspera, y así de cada vez mostraba mayor gusto en jugar con sus primitos. Bajo uno ú otro pretexto, arreglábase siempre de manera que pasaba todo el día con ellos en su cuarto cuando estaba Fanny. La modestia y reserva de la joven manteníanle, sin embargo, á respetable distancia; cosa no fácil, por lo común, á una muchacha bonita de la posición de Fanny, tratándose de un tan galante caballero. La intención de éste, al ir á casa de la Sra. Hungerford, era pasar allí una

semana, lo que más; pero cuando la semana hubo trascurrido, decidióse á pasar otra: tan agradable encontraba la permanencia en casa de su tía. Cuando la Sra. Hungerford le enteró de su proyecto de hacer venir la música del regimiento al jardín, mostróse encantado de tal idea, y manifestó el deseo de comer también en la glorieta con los niños. No insistió, sin embargo, en este particular, temeroso de infundir sospechas.

Con todo, la pasión del Sr. Folingsby por la joven estaba de tal manera excitada por su reserva sin afectación, por su sencillez y por su dulzura, que pronto no fué dueño ya de sí y le declaró abiertamente que le era desde entonces imposible vivir sin ella.

—Es una gran desgracia, señor,—dijo Fanny riendo y tratando de tomar en broma lo que acababa de decirle su interlocutor;—es una gran desgracia que no podáis vivir sin mí, porque ya sabéis que no puedo yo servir á mi ama, cumplir con mi deber y pasarme la vida cerca de vos.

El Sr. Folingsby trató de vencerla, ó, por mejor decir, de persuadirla de que andaba equivocada respecto á sus intenciones, y juró que consagraria su fortuna entera á hacerla dichosa.

—¡Ah, señor!—dijo ella.—Vuestra fortuna no me daría la felicidad si yo cometiese una acción vergonzosa que me deshonraria para siempre y rompería el corazón de mi pobre padre.

—Pero vuestro padre no sabrá nunca nada de esto. Yo guardare vuestro secreto: todo el mundo lo ignorará: fiad en mi honor.

—¡En vuestro honor! ¡Ah, caballero! ¿Acaso podéis hablarme vos de honor? ¿Creéis acaso que porque soy pobre no sé yo qué es honor? ¿Y pensáis que no taso yo el mío en el mismo precio en que estimáis vos el vuestro? ¿No provocaríais á un duelo al que dudase de vuestro honor? ¿Y esperáis que os quiera en el mismo instante en que os mostráis presto á robarme el mío!

El Sr. Folingsby permaneció en silencio durante un breve rato; pero cuando vió que Fanny se alejaba se apresuró á detenerla, y le dijo riendo:

—Acabáis de pronunciar un delicioso discurso sobre el honor, y debo confesaros que nunca me habéis parecido tan encantadora como en este momento. Pero quered reflexionar en lo que os digo: espero de vos una respuesta para mañana, y os ruego que consultéis este libro antes de dármele.

(Se continuará)



La lámpara de la niña

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS Y EJERCICIOS DEL NÚMERO ANTERIOR

Logogrifos numéricos

1.º, Barcelona.

2.º, Murciélagos.

Cuadrado

h o r a
o s a s
r a m a
a s a r

Rompecabezas

La vida es sueño

Charadas

Toledo, Torero, Cartago, Cubana.

PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES



La abeja

ROMBO

Sustituir los puntos con letras de modo que, leído horizontal y verticalmente, den: 1.º, consonante; 2.º, animal; 3.º, nombre de varón; 4.º, producto mineral; 5.º, consonante.

GUILL.º. ORTEGA

TERCIO DE SÍLABAS

1.º, emperador romano; 2.º, nombre de mujer; 3.º, cargo público.

ANGEL ULLASTRES

ADIVINANZA

Fiera enemiga del reposo humano,
amantes mil envidiarán mi suerte.
En su sangre la mía, y busco vida
en los brazos del ser que me da muerte.

B. ORBETA

CRİPTOGRAFÍA

O O A A A R I I M M

Con estas letras componer una frase que diga lo mismo leído al derecho que al revés.

MERCEDES PEÑA

CHARADAS

Como *primera* y *segunda*
no sea *tercera* y *cuarta*,
no se puede dar el *todo*
por más empeño que haya.

Nota musical *primera*:
si llueve, *segunda* y *prima*;
en Londres *segunda* y *tercia*,
y el *todo* una hermosa niña.

PRESENTACIÓN CASADO

Primera y *segunda*
tienen las aves:
tercera y *cuarta*
de noche haces.
Segunda y *cuarta* de los corderos,
los ganaderos suelen sacar.
Y el *todo* tienen los mesoneros
para las cosas que hay que guardar.

E. ZARANDONA

—¿*Segunda* *tercera* pasa,
amigo *prima* *segunda*?
—Que he quemado, por descuido
el *todo* del señor cura.

MANUEL LUIS VICIOSO

¿En qué *todo* *prima* dos
salir hoy de *prima* *tercia*
con el terrible ciclón?
Consultalo con cualquiera
y tendrás reprobación.

VICTORIA ZALDO

Las soluciones en el número próximo

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.